Un disparo a la eternidad pp. 56-63.

In aeternum vivere: Vivir para siempre

Una invitación a mirar nuestra vida desde la eternidad

San Alberto Hurtado comienza su reflexión reconociendo un deseo profundo que habita en toda persona, **queremos vivir**. Anhelamos conservar aquello que amamos, disfrutar de la belleza, compartir con quienes queremos y alcanzar la felicidad. Sin embargo, nuestra experiencia también está marcada por el dolor, las enfermedades, las separaciones y la muerte. Incluso aquello que parece más sólido, la juventud, la salud, los bienes materiales, el éxito o el amor humano, está expuesto al paso del tiempo y puede desaparecer.

Frente a esta realidad, Hurtado se pregunta si una existencia limitada a las cosas de este mundo puede satisfacer plenamente nuestro deseo de vivir. Su respuesta está en la grandeza del espíritu humano, creado por Dios y llamado a algo que supera los límites de la vida terrena. Nuestro corazón busca permanentemente el bien, la belleza y la verdad, porque está hecho para encontrarse con aquello que no tiene fin, Dios.

Desde esta convicción, nos invita a **mirar nuestra vida a la luz de la eternidad**. Esto significa aprender a reconocer qué es verdaderamente importante y dar una perspectiva más profunda a nuestras decisiones, afectos, responsabilidades y esfuerzos. Las dificultades, los dolores y las preocupaciones no desaparecen, pero pueden ser vividos de otra manera cuando recordamos que no tienen la última palabra. Como escribe Hurtado, **«Esto pasa... ¡¡Eso no!! Esto es una hora, ¡¡aquello eterno!!»**

Para San Alberto Hurtado, la vida eterna no es simplemente una prolongación de nuestra existencia actual. Es el encuentro pleno con Dios, conocerlo, amarlo y vivir en su presencia para siempre. Es también la posibilidad de reencontrarnos con Jesucristo y con quienes amamos, sin temor a la separación, al cansancio ni a la muerte. Una vida donde el amor alcanza su plenitud, porque, como recuerda el Evangelio, **«Dios es Amor» (1 Jn 4,8)**.

Esta esperanza tiene su fundamento en Jesús, que vino al mundo para ofrecernos una vida nueva, **«Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10)**. Dios nos llama a ser sus hijos y nos ofrece participar de su propia vida. Por eso, la eternidad no es una idea lejana ni una promesa sin relación con el presente, ilumina la manera en que vivimos hoy.

Al terminar, Hurtado nos recuerda que esta mirada requiere oración, recogimiento y confianza en Dios. Nos invita a no dejarnos atrapar por lo pasajero, sino a orientar nuestra vida hacia aquello que permanece. Su deseo se transforma finalmente en una oración sencilla y profunda, creer para amar y amar para alcanzar la vida que Dios nos ofrece.

Vivir para siempre es, en definitiva, vivir con la esperanza puesta en Dios y dejar que esa esperanza dé sentido a nuestra vida de cada día.